

Complacida y satisfecha por la voz interior, y refrendadas sus preferencias por Fernando con la aprobación de los Grandes y la razón histórica, escribió, el 8 de Septiembre de 1469 a su hermano Enrique IV, manifestando su irrevocable y firme decisión de casarse con el príncipe aragonés.

Desde Madriçal se trasladó bien escoltada a Valladolid en 30 de Agosto, donde comenzó sus preparativos esponsalicios. Dos emisarios partieron a Zaragoza para disponer el viaje del contrayente. Difícil empresa por las complicadas circunstancias, que fue resuelta con audacia. El 6 de Octubre salió la comitiva de Zaragoza, dividida en dos para disimular. Y el príncipe hubo de disfrazarse, fingiéndose criado de mercaderes para el cuidado de las mulas. En la primera posada sirvió la cena a sus acompañantes. Descansaron el domingo, día 8, en Gumel, y luego se dirigieron hacia Dueñas,

Celebradas las concertadas entrevistas y cambiados los regalos esponsalicios, firmaron en el palacio de Juan Vivero las actas de desposorios y fijaron el jueves, 19 de Octubre, para la histórica ceremonia de la regia boda de Fernando e Isabel de Castilla.

Feliz y honroso epílogo de la gran «Novia de Europa». Tremendos e incontables fueron los conflictos, luchas, intrigas y persecuciones de la joven y codiciada princesa castellana; pero la ayuda del cielo la defendió celosamente en aras de su colosal destino histórico.

Un poeta extremeño, emocionado ante el genial perfil de esta insuperable mujer, cantó este piropo a la inmortal Isabel la Católica:

«Si no fuera tan notoria
tu amarga y sabia contienda,
yo tomara por leyenda
la grandeza de tu historia.»

TEODORO FERNANDEZ

GUADALUPE Y LOS REYES CATOLICOS



ON motivo del V centenario de la boda de los Reyes Católicos, en cuyo reinado cuenta un poco la provincia de Cáceres y especialmente el preciado rincón de Guadalupe, vamos a dar a conocer éste, ya que jugó un papel decisivo durante la época que rigieron los destinos de la nación los excelsos soberanos.

El pintoresco pueblo se formó en torno a la ermita erigida en honor de la Santísima Virgen de Guadalupe — conocida asimismo por la «Morenita de las Villuercas» —, cuya imagen aparecióse al vaquero de Cáceres, Gil Cordero de Santa María, hacia el año 1330.

Situado en lo más espléndido de la cordillera Carpetana y defendido por las Altamiras — 950 metros — y abruptas Villuercas — 1.750 metros —, la naturaleza le dotó de montes elevados, hermosos valles, de una frondosa vegetación y suelo fértil, riquísimo, en el que abunda toda la gama de frutales.

Sobre los parajes guadalupanos, decía don Antonio Madoz, el gran escritor e infatigable viajero, en su documentada y notabilísima obra «Diccionario geográfico histórico y estadístico de España», que son «la serranía más amena y deliciosa que hay en España, sin que se encuentre un palmo de tierra que no sea fructífero, a pesar de las nieves y tempestades; se ven castaños, encinas, robles, fresnos, avellanos, alcornocques, jara, madroña y otros arbustos; abunda en fuentes naturales de agua fría, cristalina y rica, teniendo su origen en ella los ríos Guadalupe, Ibor, Rucas y Vieja».

Beneficiado Alfonso XI por los milagros logrados por la Virgen Morena, visitó estos lugares y mandó edificar un santuario, orgullo del arte español, seis veces secular, albergue original, que abarcó distintas facetas, para atender a cuanto fuese necesario.

No había de ser sólo el vencedor de la memorable batalla del Salado quien favoreciese la fundación religiosa. En 1474, a la muerte de Enrique IV *el Impotente*, fueron proclamados reyes Doña Isabel y Don Fernando.

Isabel vino muchas veces a Guadalupe. Aquí rechazó el matrimonio con el Príncipe de Portugal, y el monasterio, que fue lugar de peregrinación de los grandes monarcas y capitanes, fue morada de los Reyes Católicos y alcanzó en sus tiempos el mayor auge y esplendor.

Al iniciar los egresos monarcas la ardua empresa de la unidad nacional, se encaminaron hacia el monasterio extremeño para impetrar de la Virgen de Guadalupe la protección que nunca les faltó al correr de los treinta años de su esclarecido gobierno, comenzando por atraerse a las ciudades que apoyaban a Juana la Beltraneja, que pretendía, amparada en los nobles ambiciosos, el trono de Castilla. En esta tarea la animosa Isabel — que encarnaba en grado sumo las virtudes de la raza — optó por permanecer en Extremadura, principalmente en Guadalupe.

Los cronistas de la época hacen referencia a la entrada de la reina en Guadalupe, en la primavera de 1474, acompañada del cardenal Mendoza, Obispo Almirante y Adelantado de Castilla, en medio del mayor entusiasmo de los vecinos de aquella puebla. En los momentos graves e incipientes de su recta soberanía, se siente la singular dama auxiliada por la Santísima Virgen que la ilumina para su futura actuación.

Isabel de Castilla se conforta al lado de la Celestial Señora y con el sabio consejo y valimiento de los monjes del monasterio — entre los que hemos de resaltar por los meritorios servicios que le prestó, a Fray Juan de la Puebla, anteriormente don Juan de Sotomayor, conde de Belalcázar —, pudo culminar con la paz de Trujillo en 1479, la labor de poner bajo la tutela de los territorios que en vano intentó usurparla la Beltraneja.

Desde Guadalupe partió la reina a numerosas ciudades extremeñas para resolver los muchos problemas que en éstas tenían pendientes. En todas, altas jerarquías del Clero, la Milicia, la Nobleza, la rindieron fervoroso acatamiento, rodeándola y agasajándola; mas fiel a su augusta misión, no consentía fiestas y recepciones en su obsequio por dedicarse exclusivamente a la pacificación de las banderías, la evacuación de consultas formuladas por los consejeros y regidores de las villas, aprobación de ordenanzas cuando no a emplearse en las funciones propias de su sexo.

La siguiente anécdota es buena prueba de cuanto sostenemos. Durante su permanencia en Cáceres, mediado el año 1477, tuvo conocimiento del estado en que se encontraba el pendón de San Jorge, el escudo de la ciudad. Lo hizo llevar a su presencia y pudo compro-

bar efectivamente su abandono. «Es fama constante que con sus reales manos lo dexó cuidadosa y prolixamente reparado».

Los favores continuos concedidos por la Virgen de Guadalupe a los Reyes Católicos y cuanto representó para éstos el monasterio, lo tuvieron presente en su conducta de reconocimiento y gratitud a la Reina de la Hispanidad. Muchas veces visitaron el santuario, pasando en el Palacio real anejo al mismo y en la finca de «Mirabel» prolongadas temporadas.

Guadalupe fue real sitio de los restauradores de la unidad nacional y puede afirmarse que la cuna del Descubrimiento de América. Porque en Guadalupe se maduraron graves resoluciones del reino, se celebraron recepciones de enviados de reyes de otros países, se esbozaron los planes para la conquista de Andalucía, y de Guadalupe partió para la toma de Granada la ínclita reina, quien comunicó, sin pérdida de tiempo, la victoria obtenida al prior del monasterio, encargándole sus oraciones en acción de gracias a Santa María de Guadalupe, mientras tanto viniese a ofrecerla los trofeos ganados.

Si lo consignado es de capital importancia, no creemos vaya a la zaga lo relacionado con el patrocinio del Descubrimiento de América. En los apartados picachos de las Villuercas, en sus soledades, en la paz recoleta de Guadalupe, adoptó Doña Isabel la trascendental decisión de ayudar a Colón, conservándose las sobrecartas reales dirigidas el 20 de Junio de 1492 a Juan de Peñalosa, ordenando que se entregasen al célebre marino las carabelas de la expedición en el puerto de Palos de Moguer para la epopeya que tanta gloria daría a España.

No hay, pues, hipérbole alguna al sostener que en Guadalupe, en Extremadura, está la génesis del Descubrimiento, en la región centro-occidental española que después esparcería la semilla de sus hijos, audaces y aventureros, para la obra gigantesca de la Conquista.

El nombre de Guadalupe lo impuso Cristóbal Colón el 5 de Noviembre de 1493 a una isla, en cumplimiento de la promesa que hiciera en el primer viaje de regreso del Descubrimiento del Nuevo Mundo, el descubrimiento por antonomasia.

En Guadalupe tuvieron los Reyes Católicos manso reposadero y permanente consejo a través de la correspondencia constantemente sostenida con los hijos de San Jerónimo. A Guadalupe dispuso Doña Isabel que fuese enviado el codicilo de su testamento para colocarle junto al trono de la Virgen de su devoción y a Guadalupe se encaminaba su esposo cuando el 23 de Enero de 1516 le sorprendió la muerte en Madrigalejo, concediendo así singular prestigio al pue-

blo que se asienta en la parte meridional de la Alta Extremadura. Una lápida colocada en la casa de Santa María lo recuerda así: «Falleció el muy alto y poderoso y católico Rey Don Fernando el V, de gloriosa memoria, en el aposento de esta casa, el viernes día de San Ildelfonso, entre las tres a las cuatro de la mañana, de Enero 23, de 1516».

Guadalupe fue para Isabel la Cruzada, de Walsh, Isabel la Grande de España, «su paraíso en la tierra».

El Monasterio de Guadalupe, centro de devoción y de arte, fue en la Edad Media foco desde donde se irradiaba la cultura por España y América.

Pero el mejor elogio de Guadalupe y digno colofón de este trabajo es el que se debe al eximio novelista extremeño Antonio Reyes Huertas, el creador con la «estampa campesina» de un nuevo género literario. Lo hizo ante el Rey Alfonso XIII en la velada literaria, celebrada en su honor en el Real Monasterio, el día 11 de Octubre de 1928, con motivo de la Coronación de la Virgen de Guadalupe. Por su interés lo transcribimos:

«Pero observad, Señor, que si esta tierra es calor, regazo, entraña de la patria, Guadalupe es aliento, fe, síntesis, entraña viva de Extremadura. Para el mundo será Guadalupe un museo y para los españoles en general un orgullo, pero para los extremeños Guadalupe es sólo santuario y corazón. No hay prestigio comparable al prestigio íntimo que para nosotros tiene este monasterio, porque no hay símbolo tan alto como el que han santificado las oraciones y las lágrimas de nuestras madres. Poco nos enseñaron ellas de proezas históricas y de glorias vinculadas a la Excelsa titular de este santuario, pero nos enseñaron a levantar el espíritu para invocar su amparo como esperanza de nuestras penas y confianza de nuestras alegrías y no hay alma extremeña que al nombre augusto de Guadalupe no vibre con alguna palpitación íntima de su vida. Después ha sido cuando, al ver tantas veces en las grandezas patrias unidos los nombres de Guadalupe y Extremadura, hemos sabido que decir Guadalupe es decir corazón de Extremadura, que es tanto como decir Guadalupe corazón de España.»

De aquí, por tanto, la solemnidad, plena de soberana evocación, de la conmemoración del V centenario del matrimonio de los Reyes Católicos en el maravilloso Santuario de la Cristiandad y en la pintoresca puebla de las Villuercas.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

NUEVAS VOCES LIRICAS

POEMAS

LA LUZ

Siento tu dulce calor,
en mi rostro murmurando,
murmullos hechos amor
ni dicen cómo ni cuándo.

Tinieblas que son oscuras
rayadas por tu mirar;
la brisa se queda muda
cuando te ve sollozar

Cuando miro las estrellas,
se clavan en mí tus ojos:
quiero toda su belleza,
mas abarcarlas no logro.

¿COMO TE LLAMAS?

Al agua le pregunté,
el nombre de tu persona
y ella me respondió
como el abrir de una rosa.

Los rayos bajan del Cielo,
para contemplar tu luz
pero tú no lo permites,
pues encarnas juventud.